# El viaje de Arnold Toynbee a la Argentina (1966)

## *A sesenta años de una visita que dejó huellas: itinerarios intelectuales y resonancias contemporáneas*

*Comunicación del Académico Fabián Bosoer en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 14 de octubre de 2026.*

# El viaje de Arnold Toynbee a la Argentina (1966)

## *A sesenta años de una visita que dejó huellas: itinerarios intelectuales y resonancias contemporáneas*

Por el académico **FABIÁN BOSOER**

La Hay acontecimientos cuyo significado no se advierte plenamente en el momento en que ocurren y que, con el paso del tiempo, adquieren una relevancia inesperada. Puede ser el caso de la visita de Arnold Toynbee a la Argentina, entre septiembre y octubre de 1966. El viaje del historiador británico formaba parte

de una gira sudamericana que incluyó Brasil, Chile y Uruguay y que inspiraría su libro *Entre el Maule y el Amazonas* (1967), cuya primera edición en español publica en Buenos Aires la editorial Emecé en 1968.[1]

Para comprender su importancia conviene situarnos en la Buenos Aires de aquellos días. Habían transcurrido apenas tres meses desde el derrocamiento del presidente Arturo Illia. El general Juan Carlos Onganía acababa de asumir la presidencia, designado por la junta de comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, y anunciaba el propósito de reorganizar el país bajo los principios de la autodenominada Revolución Argentina. El Congreso había sido clausurado, la actividad de los partidos políticos suspendida, los jueces de la Corte Suprema de Justicia destituidos y los gobernadores removidos.

El peronismo continuaba proscripto y su líder, el expresidente derrocado en 1955, seguía incidiendo desde su exilio en Madrid, de manera directa o indirecta, en la política nacional. La censura cultural perseguía expresiones del cine, el teatro y la prensa consideradas contrarias a la «moral occidental y cristiana» o sospechosas de «infiltración marxista». Las universidades habían sido intervenidas y, el 29 de julio, docentes y estudiantes habían sido golpeados y expulsados de sus facultades por fuerzas policiales. La Noche de los Bastones Largos, como

1 Toynbee, Arnold J. *Entre el Maule y el Amazonas*. Buenos Aires-Santiago de Chile. Editorial Francisco de Aguirre. Primera edición en español, 1968.

quedaría registrada en la memoria colectiva, provocó renuncias, exilios y una pérdida de investigadores cuyas consecuencias se prolongarían durante años.[2]

En ese contexto arribaba a Buenos Aires uno de los historiadores más destacados del siglo XX. Toynbee viajó como huésped de Estado, acompañado por su esposa Verónica Marjorie Boulter, para participar en el IV Congreso Internacional de Historia de América, junto a algunos de los más destacados americanistas del país y del exterior. Fue recibido con honores, invitado a hablar en universidades y otras instituciones, escuchado por académicos y estudiantes, agasajado por las autoridades y entrevistado por la prensa. Su presencia despertó expectativas y también controversias. Sus ideas sobre el nacionalismo, la religión, las relaciones internacionales y el futuro de la humanidad no coincidían necesariamente con las dominantes entre quienes promovían su visita.

La Argentina de 1966 ofrecía un escenario de contrastes propios impregnados por el contexto regional y mundial. El gobierno militar procuraba legitimar un nuevo orden político y presentarse como garante de la «civilización occidental y cristiana», presuntamente amenazada por el «peligro

2 María Sáenz Quesada reconstruye ese momento en su libro *1966. De Illia a Onganía. El preludio de la Argentina violenta*, donde dedica varias páginas a la visita del historiador británico. Sáenz Quesada, María. *1966.De Illia a Onganía. El preludio de la Argentina violenta*. Buenos Aires, Sudamericana, 2023. pp. 151-155, 347.

colectivista» representado por la Unión Soviética y su influencia en América latina. Al mismo tiempo, el campo intelectual estaba atravesado por disputas que no se reducían a la oposición entre democracia y autoritarismo o a la confrontación entre izquierdas y derechas. El nacionalismo, el anticomunismo, las concepciones sobre la modernización y las interpretaciones de la historia nacional componían un mapa de posiciones diversas, con afinidades y conflictos que no siempre coincidían entre sí.

La visita de Toynbee permite reconstruir ese mundo intelectual y político. En ella confluyeron la coyuntura argentina, las controversias ideológicas de la Guerra Fría y una interrogación más amplia acerca del destino de la humanidad. Para entender la significación y alcances de aquel encuentro debemos comenzar por la figura del propio Toynbee.

Arnold Joseph Toynbee era entonces mucho más que un historiador reconocido en los círculos académicos británicos. Profesor de Estudios Bizantinos y Griegos Modernos en la Universidad de Londres, corresponsal de guerra durante la guerra greco-turca, profesor investigador de Historia Internacional de la London School of Economics, Director de Estudios en el Royal Institute of International Affairs de Londres y miembro de la Academia Británica y autor de numerosas obras centradas en la dimensión histórica de fenómenos contemporáneos. Una celebridad intelectual internacional, autor de *Estudio de la Historia*, una obra publicada originalmente en

doce volúmenes, entre 1934 y 1961, que desarrolla una historia comparada de las grandes civilizaciones.[3]

Allí sienta las bases de su teoría histórica y filosófica al investigar, a través del método comparativo, el ascenso y caída de veintiséis civilizaciones en el devenir de la historia de la humanidad, concluyendo que las civilizaciones surgieron al responder con éxito los diversos desafíos que se le presentaban, sostenidas por el liderazgo de minorías compuestas por líderes pertenecientes a la élite. Mientras que la destrucción de las civilizaciones se produce por la falta de respuesta adecuada a los desafíos que se presentan, o por el surgimiento del militarismo, o la "tiranía de una minoría despótica". A diferencia de Marx, consideraba como determinantes en la historia las fuerzas espirituales de las sociedades y no las económicas. Y a diferencia del alemán Oswald Spengler, autor de *La decadencia de Occidente*, su visión de las civilizaciones no es determinista, sino evolutiva; porque en esa perspectiva, Las civilizaciones superan las dificultades que se le presentan en el transcurso histórico.

Esta perspectiva adquirió especial resonancia después de las dos guerras mundiales. Toynbee escribía sobre las civilizaciones en un mundo que había descubierto que la ciencia y la tecnología podían producir no solamente bienestar, sino también una

3 Toynbee, Arnold J., *Estudio de la Historia. Vol. I-IV*. Buenos Aires, Emecé, 1959.

capacidad de destrucción inédita. La aparición del arma nuclear modificaba radicalmente la escala del problema: por primera vez, la humanidad poseía los medios técnicos para destruirse a sí misma.

Su pensamiento fue adquiriendo así una dimensión cada vez más planetaria. Su influencia excedía ampliamente las universidades. En marzo de 1947, la revista *Time* le había dedicado su portada con un artículo que presentaba su obra como "la más provocativa de la teoría histórica escrita en Inglaterra desde El Capital de Karl Marx"; participaba en programas de radio y televisión y era un comentarista habitual de la BBC y escribía para públicos mucho más amplios que los especializados. En 1948 publicó *La civilización puesta a prueba*, volumen de ensayos en el que examinaba los problemas de la posguerra desde su perspectiva sobre la evolución y las crisis de las civilizaciones. Era, en suma, uno de los intelectuales británicos más reconocidos de su época[4].

Su llegada a la Argentina formaba parte de una trayectoria internacional que lo había convertido en interlocutor de públicos muy diferentes. Su concepción de la historia permitía discutir tanto las transformaciones de las sociedades como los problemas políticos y morales de un mundo dividido en dos bloques

4 Toynbee, Arnold J., *La civilización puesta a prueba*. Versión original, 1948. Primera edición en español, en 1967. En https://archive.org/details/la-civilizacion-puesta-a-prueba-arnold-j.-toynbee.

geopolíticos enfrentados. Esa amplitud constituía, al mismo tiempo, una de las razones del atractivo que concitaban sus opiniones.

La agenda de Toynbee se extendió durante varias semanas y combinó ceremonias académicas, conferencias y encuentros institucionales en distintos puntos del país. El 20 de septiembre recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de La Plata. En los días siguientes, su recorrido incluyó actividades en Buenos Aires y en otras sedes universitarias, entre ellas Rosario, Córdoba y Salta[5]. Ya de regreso en Buenos Aires, el 4 de octubre ofreció una exposición ante el Centro de Altos Estudios del Ejército, en la Escuela Superior de Guerra, y el 11 de octubre participa del IV Congreso Internacional de Historia de América, en el marco del sesquicentenario de la independencia, invitado por la Academia Nacional de la Historia. La diversidad de esos ámbitos —universidades, instituciones militares y espacios académicos— da cuenta de la amplitud de interlocutores con los que tomó contacto durante su estadía.

En la conferencia que ofrece en la Universidad Nacional de La Plata, Toynbee desarrolla su concepción de la historia universal y explica la necesidad de estudiar las civilizaciones como

5 "Arnold Toynbee, su paso por Salta". Félix Rodrigo Bravo Herrera, El Tribuno, 28 de diciembre, 2023. En https://www.eltribuno.com/nota/2023-12-28-0-0-0-arnold-toynbee-su-paso-por-salta.

grandes unidades históricas. No se trataba, explicará, de reemplazar una historia nacional por otra historia igualmente cerrada, sino de poner en relación experiencias históricas diferentes. La historia permitía comprender sociedades distintas y situar cada experiencia particular dentro de procesos más amplios [6].

La pregunta «*¿Para qué estudiar historia?*» adquiría así una dimensión que excedía el conocimiento del pasado. Estudiar historia significaba también aprender a mirar al otro y reconocer que nuestra propia experiencia no ocupa necesariamente el centro del universo histórico. Esta perspectiva resulta importante para comprender tanto sus intervenciones públicas como las reacciones que provocó. Toynbee no abordaba las sociedades exclusivamente a partir de sus regímenes políticos o de las ideologías de sus gobiernos. Procuraba reconstruir trayectorias de larga duración, atender a las tradiciones culturales y religiosas y comprender los conflictos contemporáneos dentro de procesos que excedían las fronteras nacionales. En plena Guerra Fría, esa manera de pensar tenía consecuencias políticas: no porque implicara desconocer las diferencias entre los sistemas políticos, sino porque se resistía a convertirlas en una

6 Contamos aquí con una fuente documental excepcional: Radio Universidad de La Plata registró el acto y la conferencia pronunciada por Toynbee, titulada «¿Para qué estudiar historia?». El archivo sonoro conservado por la Universidad permite escuchar directamente aquella voz y aquella intervención, sin depender exclusivamente de las reconstrucciones posteriores. https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/168504.

explicación suficiente de los procesos históricos.

La recepción de Toynbee en la Argentina fue dispar. Sus intervenciones podían ser valoradas por su prestigio intelectual y, al mismo tiempo, discutidas por sus implicancias políticas. Su presencia se celebraba como la llegada de una de las grandes figuras intelectuales del mundo occidental, pero también podía generar incomodidad entre algunos de sus interlocutores y anfitriones.

Fernando Devoto ha señalado la particularidad de aquella recepción al consignar que Toynbee, invitado por el Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno de Onganía, pronto entró en conflicto con los sectores más ultramontanos que habían promovido su visita, en especial en universidades católicas. Sus posiciones sobre la paz y el diálogo entre las religiones, su definición como ciudadano del mundo y su interpretación de China y Vietnam como sociedades con una historia nacional propia, no reducible al comunismo, contrariaban algunas de las certezas de esos sectores. Devoto concluye su observación recordando que, tras la caída del peronismo, las tensiones culturales e institucionales no habían disminuido, sino que se habían multiplicado.[7]

7 *"El caso de Toynbee es particularmente interesante. Invitado por el Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno de Onganía, pronto entró en conflicto con los sectores más ultramontanos dentro de los que lo habían invitado, en especial en universidades católicas, al argumentar acerca de la*

La observación invita a evitar la consideración de aquel momento como una sucesión de bloques ideológicos homogéneos. En el mundo católico, en las universidades y en los ámbitos académicos coexistían concepciones diferentes de la tradición, la modernización y la pertenencia a Occidente. Tampoco el anticomunismo constituía una posición unívoca. Podía asociarse con la defensa de un orden amenazado, con el nacionalismo, con una visión religiosa de la sociedad o con distintas interpretaciones de la crisis de la civilización occidental y de sus desafíos.

La revista *Primera Plana*, en su edición correspondiente a la semana del 20 al 26 de septiembre de 1966, ofrece otro testimonio de la recepción que tuvo la visita en el ámbito nacional. Una nota titulada «*Toynbee. Su historia en estos días*» permite observar la atención que la prensa argentina le presta a esta figura internacional cuyas preocupaciones excedían ampliamente la coyuntura nacional.[8] Toynbee hablaba desde una escala distinta de la disputa inmediata entre peronismo y antiperonismo, militares y civiles, izquierda y derecha. Su

*paz, el diálogo entre las religiones, al definirse como ciudadano del mundo o al sostener que China y Vietnam no eran regímenes comunistas sino nacionalistas. Difíciles épocas aquellas, de un lado y de otro. Baste recordar que el agobiante clima cultural e institucional durante el peronismo fue reemplazado por otro en el que las tensiones y conflictos no disminuyeron sino que se multiplicaron".* Devoto, Fernando. *La Academia Nacional de la Historia en sus primeros ochenta años: entre tradición e innovación*. Comunicación ANHRA, 9/9/2019. En https://portal.amelica.org/ameli/jatsRepo/237/2371024008/2371024008.pdf

8 En https://ahira-omeka.nube.clementina.coop/items/show/13104

preocupación fundamental era el futuro de la humanidad. La tecnología había mundializado el planeta mucho más rápidamente que la política: los seres humanos habían desarrollado armas capaces de destruirlos, pero sus instituciones, sus lealtades y sus formas de organización seguían respondiendo, en gran medida, a marcos nacionales.

Esa cuestión adquirió especial relieve cuando fue invitado a hablar ante el Centro de Altos Estudios del Ejército, ante jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas, el 4 de octubre. Presentado por el director del Centro, general Alberto Marini, y de la Escuela Superior de Guerra, general Joaquín Aguilar Pinedo, el tema de su exposición era *«El mundo hacia el cual vamos»*.[9] La conferencia giró alrededor de una preocupación que atravesaba buena parte de su obra tardía: la posibilidad de una catástrofe atómica. Por primera vez en la historia, sostenía, la humanidad poseía los medios técnicos para destruirse completamente. Su supervivencia exigía, por lo tanto, una transformación política y moral.

Toynbee hablaba de la necesidad de un gobierno mundial. No suponía necesariamente que este debiera nacer como una institución democrática plenamente desarrollada: podía

9 "*La humanidad no llegará a su fin por un suicidio en masa, pero la circunstancia de creer en ello no me impide admitir que tal posibilidad no está lejos de la realidad, porque por primera vez la destrucción total del hombre está en las manos del hombre",* El mundo hacia el cual vamos. Disertación del Doctor Toynbee en el Centro de Altos Estudios. Diario *Clarín*, 5 de octubre, 1966. p48.

comenzar de manera imperfecta y transformarse con el tiempo. Lo esencial era comprender que el planeta constituía ya una unidad tecnológica, mientras que las instituciones políticas y las lealtades humanas seguían fragmentadas.

Ante un mundo organizado en más de un centenar de Estados soberanos, proponía reemplazar progresivamente una lealtad exclusivamente nacional por otra más amplia, dirigida hacia la humanidad. Durante siglos, los seres humanos habían aprendido a morir por sus naciones. La era atómica obligaba a imaginar una solidaridad de otra escala. La propuesta podía parecer utópica, pero expresaba una preocupación concreta: ¿cómo gobernar un mundo cuyos problemas habían adquirido dimensiones globales mientras sus instrumentos políticos seguían organizados alrededor de soberanías nacionales?

El interrogante se vinculaba con otra de sus preocupaciones: el nacionalismo. Para Toynbee, esta era una de las grandes fuerzas políticas de la época, con una capacidad de movilización que podía superar incluso la del capitalismo o el comunismo. Para ilustrarlo ponía como ejemplo el conflicto entre Trotsky y Stalin: mientras el primero había pretendido subordinar Rusia a una revolución mundial, Stalin habría utilizado el comunismo para fortalecer al Estado ruso.

Toynbee situaba al nacionalismo en el centro de la historia moderna y, al mismo tiempo, sostenía que este no podía

proporcionar por sí solo una respuesta espiritual suficiente a los problemas de la humanidad. Por eso la religión volvía a aparecer en su pensamiento. No era simplemente un liberal occidental enfrentado al comunismo, pero tampoco un nacionalista. Buscaba una salida civilizatoria y espiritual a la crisis de la modernidad, una perspectiva capaz de trascender las fronteras nacionales e ideológicas sin ignorar las tradiciones culturales y religiosas que daban sentido a las sociedades.

Las preguntas del auditorio lo llevaron también a la guerra de Vietnam. Su posición cuestionaba una interpretación extendida del conflicto Este-Oeste: Estados Unidos estaba cometiendo un error político al no comprender suficientemente el pasado histórico vietnamita, sostiene allí Toynbee. Era equivocado pensar que China y Vietnam habían comenzado a existir históricamente cuando adoptaron el comunismo. Se trataba de sociedades con una historia de muchos siglos, tradiciones políticas propias y experiencias, que no podían explicarse exclusivamente por la confrontación entre Washington y Moscú.

Toynbee se negaba a aceptar que las sociedades pudieran reducirse a etiquetas ideológicas. Se refería a China como «una nación singularmente apta para unir pueblos» y explicaba su conducta a partir del maltrato que había recibido de Occidente durante el siglo XIX. Para él, el pasado era una fuerza activa que condicionaba las respuestas de las comunidades ante los desafíos contemporáneos. Comprender una civilización no

equivalía necesariamente a justificar su régimen político. Esa distinción permitía analizar los conflictos internacionales sin convertir las categorías ideológicas en sustitutos de la historia.

En este punto, su pensamiento se apartaba de algunas de las certezas dominantes de la Guerra Fría, pero también planteaba interrogantes que excedían ese enfrentamiento. ¿Hasta qué punto las grandes potencias podían comprender los procesos históricos de otras sociedades sin proyectar sobre ellos sus propias categorías? ¿Qué sucedía cuando las experiencias nacionales quedaban subordinadas a las necesidades estratégicas de los bloques? Eran preguntas pertinentes para el análisis internacional y, al mismo tiempo, para una Argentina que discutía su lugar en Occidente y las condiciones de su inserción en el mundo.

En la ceremonia inaugural del IV Congreso Internacional de Historia de América, a la que asiste el general Onganía, su presidente Ricardo Zorraquín Becú, señala: "*Están aquí reunidos los mejores especialistas en estas cuestiones, oriundos de Europa y de las tres Américas, para contemplar en conjunto el despertar de un Nuevo Mundo que surgió a la vida, como dijo Canning, 'para restablecer el equilibrio del Antiguo', y que de esa manera proyectó su presencia al ámbito universal, ensanchando los campos de todas las actividades humanas. A partir de entonces la historia no fue hecha solamente por Europa, sino también por estas naciones que entraron a ocupar*

*su puesto en la vida internacional y también en los escenarios de la cultura"*[10].

En su conferencia magistral, que dicta el 11 de octubre, Toynbee desarrolla su tesis sobre los procesos independentistas latinoamericanos hasta abordar el escenario internacional contemporáneo y los desafíos que enfrentaban las democracias. Compara los regímenes comunistas con las dictaduras anticomunistas y advierte sobre las dificultades que experimentaban las sociedades que, tras alcanzar la independencia, habían adoptado constituciones democráticas sin contar con las condiciones sociales e institucionales necesarias para sostenerlas:

*"Lo mismo que las repúblicas latinoamericanas, casi todos los estados recientemente liberados en Asia y África han introducido en sus constituciones los principios democráticos de Norteamérica y de Europa occidental, pero, en uno tras otro de estos países, hemos visto desbaratados estos primeros intentos de democracia.*

*"Los regímenes no democráticos que han estado reemplazando a la democracia, han sido de dos tipos: comunista o militar. Estas dos variantes de gobierno no democrático pueden estar ideológicamente en polos separados, pero tienen de común entre*

10 Academia Nacional de la Historia, Cuarto Congreso Internacional de Historia de América. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966. Tomo 1, pp.112-136. En http://repositoriodigital.anh.org.ar

*sí una ventaja práctica que explica su prolongación: ambos regímenes pueden ser dirigidos por un pequeño número de personas instruidas y competentes, mientras que la democracia requiere un gran número de ciudadanos instruidos, competentes, honestos y patriotas. Donde este cuerpo sólido de buenos ciudadanos no existe, la democracia no existe tampoco Es por esto que los países que han comenzado la independencia con constituciones democráticas en el papel, se han rendido a una u otra de las dos formas de gobierno no democrático".*

*"Esta es una perspectiva sombría, no solamente para los países directamente interesados, sino también para el mundo entero. Puede hacerse algo para reducir el período de los gobiernos no democráticos por el que muchos pueblos del mundo parecen destinados a pasar..."*[11].

El viaje sudamericano de Toynbee quedó reflejado, como ya se señaló, en *Entre el Maule y el Amazonas* (1968), una obra que permite seguir sus observaciones como viajero, cronista e intérprete de su tiempo. Allí mira la Argentina desde afuera y se interna en ella. Atiende a la geografía, las diferencias regionales, las huellas de las civilizaciones indígenas, el peso de la inmigración europea, las desigualdades, el nacionalismo y las tensiones entre modernización y tradición. E interpreta todo ello

11 Toynbee, Arnold J. *Conferencia del delegado de Gran Bretaña. 6 de octubre, 1966*. En Academia Nacional de la Historia, Cuarto Congreso Internacional de Historia de América. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966. Tomo 1, pp.112-136. En http://repositoriodigital.anh.org.ar

con las categorías que había desarrollado durante décadas.

Encuentra un país profundamente occidentalizado y, al mismo tiempo, atravesado por múltiples herencias culturales. La inmensidad del territorio y los contrastes entre una Argentina vinculada a Buenos Aires y el Litoral, marcada por la inmigración europea, y las regiones del interior, donde permanecían huellas de civilizaciones indígenas anteriores a la conquista, le permiten advertir que la imagen exterior del país no alcanzaba a dar cuenta de la diversidad de sus experiencias históricas[12]. Su mirada no se limitaba a los paisajes: relacionaba territorio, economía, historia y política. En esa sociedad, la crisis institucional convivía con una intensa actividad intelectual y con debates acerca del significado de la nación, el lugar de la universidad, la relación con Occidente y las transformaciones del orden internacional. Pero es el nacionalismo argentino el que provoca algunas de sus reflexiones más significativas.

Toynbee percibía la intensidad del sentimiento nacional argentino y buscaba una explicación histórica. La independencia argentina había sido una guerra y había nacido de la violencia; Brasil, en cambio, sostenía, había experimentado una transición hacia la independencia mucho más pacífica. De allí derivaba una comparación entre dos formas de patriotismo: el brasileño le parecía «más irónico y ligero»; el argentino, «más romántico e

12 Toynbee, A. (1968), ibíd, pp.62-73.

intenso». No atribuía esa diferencia simplemente a una cuestión de temperamento. Intentaba relacionarla con experiencias históricas distintas y con las formas en que esas experiencias habían contribuido a construir las identidades nacionales.

Una circunstancia fortuita lo llevó a observar la cuestión de cerca. Toynbee se encontraba en Córdoba cuando ocurrió el denominado "Operativo Cóndor", el 28 de septiembre de 1966, un operativo comando que debió contar con alguna anuencia de los servicios de inteligencia estatal: el secuestro de un avión de Aerolíneas Argentinas, en un vuelo de cabotaje desviado hacia las islas Malvinas por un grupo de jóvenes nacionalistas armados, con el propósito de izar una bandera argentina en el territorio insular. El episodio coincidía, además, con la presencia en el país del príncipe Felipe de Edimburgo y estuvo acompañado por ataques con disparos contra sedes diplomáticas y consulares británicas en Buenos Aires y Rosario.

Toynbee dedicaría posteriormente un capítulo de *Entre el Maule y el Amazonas* a aquel episodio. Observó las reacciones de ambos gobiernos y destacó la prudencia con que, a su juicio, habían actuado las autoridades. También cuestionó la conducta de los participantes, a quienes consideraba capaces de perjudicar a su propio gobierno bajo la apariencia de defender una causa patriótica. Escribió entonces:

*«La contrariedad del gobierno argentino por la inconducta de un puñado de jóvenes ciudadanos argentinos fue bastante natural. Bajo la capa de gestos aparentemente patrióticos, los participantes en la escapada del comando y los más serios transgresores que efectuaron los disparos, estaban buscando en realidad, crear dificultades a su propio gobierno, saboteando tal vez su intento de llegar a un acuerdo en la prolongada disputa sobre las islas».*[13]

Toynbee interpretaba que aquella acción podía obstaculizar los intentos de alcanzar un acuerdo en la prolongada disputa por las islas. Su observación introducía una distinción entre la defensa de una reivindicación nacional y las consecuencias políticas de los métodos utilizados para sostenerla.

A continuación, planteaba una cuestión más amplia. Todos los argentinos podían coincidir, observaba, en que las islas eran legítimamente argentinas. Pero ¿qué ocurría con las personas que vivían allí? De ese modo exponía la tensión entre los dos principios en juego: por un lado, el derecho histórico y territorial de los Estados; por otro, los derechos y la voluntad de las poblaciones concretas. Su condición de británico ayuda a comprender esa perspectiva. Sin embargo, su reflexión no se agota en ella: plantea una tensión que remite a la relación entre soberanía, historia y derechos de las poblaciones involucradas.

13 Toynbee, A. (1968), ibíd, pp74-76.

La reflexión sobre Malvinas se conectaba con una preocupación más general: observaba al nacionalismo como un gran obstáculo para la integración latinoamericana. A Toynbee le llamaba la atención que sociedades con idiomas, religiones y experiencias históricas parcialmente compartidas permanecieran divididas por fronteras nacionales y rivalidades políticas. La comparación con Europa era inevitable. El proceso de integración europea, pese a sus dificultades, ofrecía un ejemplo de superación parcial de antiguas rivalidades nacionales.

Sin embargo, Toynbee advertía que la integración económica por sí sola no era suficiente. Se requería también una integración política y, sobre todo, una transformación de las lealtades. Su preocupación no era que los pueblos tuvieran identidad, sino que esa identidad pudiera convertirse en una fuerza de confrontación permanente.

Su desconfianza hacia los nacionalismos extremos tenía antecedentes en su experiencia durante la Primera Guerra Mundial. Como joven funcionario del Foreign Office, participó en tareas de inteligencia y documentación relacionadas con las persecuciones y matanzas de armenios en el Imperio otomano. En 1915 publicó *Armenian Atrocities: The Murder of a Nation* y, al año siguiente, colaboró con James Bryce en el llamado Libro Azul, una recopilación de testimonios sobre las deportaciones y matanzas atribuidas al gobierno de los Jóvenes Turcos.

Esta experiencia contribuyó a marcar su rechazo a los nacionalismos que convierten la identidad colectiva en justificación de la persecución y subordinan la conciencia moral a las exigencias del Estado. Más tarde, el recuerdo de la Alemania nazi reforzaría su desconfianza hacia las formas extremas de patriotismo capaces de transformarse en una religión política devastadora.

Para Toynbee, el nacionalismo era una fuerza histórica extraordinariamente poderosa, capaz de ofrecer identidad, cohesión y sentido de pertenencia, pero también de convertirse en una fuente de violencia cuando se absolutizaba. La dificultad consistía en reconocer su capacidad para organizar la vida colectiva sin convertirlo en un principio excluyente que impidiera la cooperación con otras sociedades.

La cuestión tenía particular relevancia en la Argentina de 1966, donde el nacionalismo atravesaba distintas tradiciones políticas y culturales. No todos los nacionalismos argentinos respondían a las mismas ideas ni perseguían los mismos objetivos. La reivindicación de la soberanía, la identificación con Occidente, el catolicismo ultramontano, el anticomunismo y la crítica a las potencias extranjeras podían combinarse de maneras diversas. La mirada de Toynbee permitía interrogar esos vínculos y

particularidades históricas[14].

La visita se desarrolló, además, en una coyuntura regional e internacional en la que los conflictos internos no podían desvincularse de las condiciones geopolíticas impuestas por la Guerra Fría. Las dictaduras militares, la doctrina de seguridad nacional, las disputas ideológicas y las transformaciones económicas formaban parte de un escenario más amplio. Pero ese contexto no anulaba la autonomía de los actores ni explicaba por sí solo sus ideas y decisiones.

La importancia del encuentro reside, precisamente, en que permite observar cómo se relacionaban esas distintas escalas. Las controversias argentinas adquirían significados particulares frente a los problemas mundiales que Toynbee planteaba. A su vez, sus categorías universales cobraban otro sentido cuando se enfrentaban con las experiencias concretas de un país, sus crisis políticas y sus conflictos sociales.

Por caso, Perón, desde el exilio, recurre a Toynbee en sus libros de fines de los años 60 para respaldar su lectura sobre el declive de los grandes bloques mundiales. En el prólogo de *La hora de los pueblos* (1968) Perón cita un artículo de Toynbee publicado

14 Señala al respecto Sáenz Quesada: *"La mirada sagaz del historiador, avezada en rastrear la génesis de los conflictos entre civilizaciones, anticipó la violencia de la década siguiente en la Argentina, en que los bandos enfrentados con las armas reivindicaron consignas nacionalistas comunes, como se vio en la guerra del Atlántico Sur".* En Sáenz Quesada (2023), op cit, p.153.

originalmente en el diario *ABC de Madrid*, titulado "Estados Unidos en crisis", se apoya en la autoridad intelectual de Toynbee para sostener que la política exterior norteamericana había "equivocado el camino de la grandeza"[15]. Utiliza el prestigio del historiador británico para blindar sus propias críticas al imperialismo, demostrando que no nacían de un mero sentimiento anti-estadounidense, sino de un diagnóstico histórico global compartido por las mentes más lúcidas de la época.

El encuentro de las ideas de Toynbee con el panorama político y académico local no produjo una confluencia entre esas perspectivas encontradas: su interés reside en haberlas puesto en contacto. Toynbee dejó sus huellas en su paso por la Argentina. Y la Argentina dejó su huella en el paso de Toynbee por nuestro país, como lo reflejan las pocas, pero significativas páginas que le dedicó en su obra.

Sesenta años después, podemos mirar aquella visita con la distancia que proporciona el tiempo. Muchas de las expectativas de Toynbee no se cumplieron en los términos que él imaginaba. Los Estados nacionales no desaparecieron y el nacionalismo continuó siendo una fuerza decisiva. Su propuesta de un gobierno mundial no se materializó, y la integración

15 Perón, Juan Domingo. La hora de los pueblos (1968), p.2. En: https://upcndigital.org/~ciper/biblioteca/Peron/LaHoradeLosPueblos-Peron.pdf

internacional siguió avanzando de manera desigual, sometida a tensiones y retrocesos. Otras, como la anticipación del ascenso de una China que despertaría de un prolongado letargo, tendrían un carácter visionario.

Y algunas de sus preguntas conservaron una notable vigencia. ¿Qué sucede cuando el desarrollo tecnológico avanza más rápidamente que nuestras instituciones? ¿Qué ocurre cuando los problemas desbordan las fronteras políticas que todavía organizan nuestras decisiones? ¿Cómo pueden convivir las identidades nacionales con la necesidad de cooperar frente a desafíos comunes? ¿Y qué sucede cuando una sociedad responde a nuevas circunstancias con instrumentos políticos, categorías intelectuales o emociones heredadas de un mundo que está cambiando?

La Argentina de septiembre y octubre de 1966 era escenario de una importante actividad académica internacional, pero también una sociedad sometida a una crisis de sus instituciones y atravesada por conflictos acerca de la democracia, la identidad nacional y su lugar en Occidente. Su vida intelectual conservaba la capacidad de debatir problemas que excedían la coyuntura inmediata y de confrontar sus propias experiencias con las grandes interpretaciones de la historia universal.

Toynbee pasó por ese escenario ofreciendo algunas claves interpretativas sobre la Argentina y América Latina. Su visita

permite recuperar una escena en la que entraron en contacto distintas formas de interpretar el mundo: las preocupaciones de un historiador de las civilizaciones, las expectativas de las instituciones que lo recibieron, las controversias de los ámbitos académicos y las inquietudes de una sociedad atravesada por conflictos sin resolver.

Quizá ese sea el principal valor historiográfico de reconstruir hoy aquel viaje: la posibilidad de mirar la experiencia argentina desde una perspectiva más amplia, sin perder de vista la singularidad de sus conflictos. Mientras el país discutía su presente inmediato, Toynbee hablaba de una humanidad que comenzaba a experimentar una interdependencia irreversible. La Guerra Fría dividía el mundo en bloques, pero la amenaza nuclear hacía evidente que ninguna potencia podía resolver por sí sola los problemas creados por la modernidad tecnológica. Los Estados continuaban siendo soberanos, aunque los problemas comenzaban a ser transnacionales; las sociedades conservaban sus identidades nacionales, pero sus destinos estaban cada vez más conectados.

Para Toynbee, estudiar la historia significaba tratar de comprender cómo respondían las sociedades a esa tensión. Su visita a la Argentina nos permite recuperar esa pregunta y devolverla a su contexto: una sociedad que buscaba respuestas a sus propias crisis mientras el mundo experimentaba transformaciones que desbordaban sus fronteras.

Tal vez allí radique la resonancia contemporánea de aquel encuentro: en la necesidad de interrogar los supuestos desde los cuales interpretamos nuestros desafíos y las respuestas que ensayamos frente a ellos. Diez años después, en un libro póstumo[16], Toynbee dejó una reflexión de carácter ético que puede leerse como una síntesis de sus preocupaciones y como un legado para el futuro. En su diálogo con Daisaku Ikeda, el filósofo budista japonés, publicado en 1976 bajo el título *Elige la vida*, escribió:

*«Nuestra situación actual debería inspirarnos una actitud humilde; este sentimiento de modestia tendría que incentivarnos a buscar la dignidad sin la cual nuestra vida carece de valor y pierde toda posibilidad de ser feliz. La dignidad humana no es algo que vayamos a encontrar en el campo de la tecnología, en la cual nos hemos vuelto tan duchos. Sólo podremos construirla en el terreno moral, y el desarrollo ético se mide por el grado en que nuestras acciones se basan en la benevolencia y el amor, más que en la agresividad y el egoísmo».*[17]

16 Toynbee falleció el 22 de octubre de 1975 a la edad de 86 años en la ciudad de York.

17 Toynbee, Arnold J. y Daisaku Ikeda. Diálogo. *Elige la vida*. Buenos Aires, Azul Indigo, 2019. p.444.